

Sison, A.J.G. (1991): Tiempo y eternidad en la virtud (Time, eternity and virtue). Actas de las XXV Reuniones Filosóficas (Proceedings of the XXVth Philosophical Reunions) in Pamplona, Spain, August-September 1988, 1467-1474

TIEMPO Y ETERNIDAD EN LA VIRTUD

Alejo G. SISON

El hombre se inserta en el tiempo por su ser y por su obrar. En cuanto término de la creación, es de una naturaleza que participa no sólo de lo espiritual sino también de lo material: se instala dentro de coordenadas espacio-temporales. En cuanto continuador de la creación, toda su actividad se desarrolla sucesiva y ordenadamente, en una interacción constante con las realidades físicas. Por ello podemos decir que el ser humano es existencialmente histórico: no es que la esencia humana se identifique con la historia, sino que esa esencia, entendida como la totalidad armónica de potencialidades, se realiza —se existencializa— temporalmente, configurando así la verdadera historia, humanizándola.

El hombre no se agota en su historia; aunque ésta sí que existe únicamente por obra del hombre: le pertenece totalmente. Cabe distinguir dos tipos de historia que todo ser humano tiene en su haber. Hay, por un lado, una historia "externa" o tradición que el hombre recibe en herencia; y por otro, una historia interna biográfica o biocronografía que cada cual protagoniza personalmente. Por tradición, a su vez, podemos entender dos cosas distintas. Hay una tradición trascendente que presupone la existencia de Alguien anterior al primer hombre, del que éste recibe, en generosa

donación, el mismo ser y todo lo que él es. Y también hay una tradición inmanente, garantizada por el hecho de que siempre ha habido hombres que le preceden a uno mismo, y que le dotan de un peculiar estilo de vida o cultura, sin el cual no sería posible la pervivencia. Todo el mundo tiene conciencia de ser eslabón de esta cadena que es la tradición, la "humanidad". Más aún, que es transmisor, libre y responsable, para conservar, disminuir o aumentar, ya mejorando, ya siendo causa de deterioro de esta riqueza inicial. En resumen, la historia interna comprende aquel espacio entre los límites naturales del nacimiento y la muerte de cada ser humano. Claro está que no nos referimos principalmente al fenómeno biológico, sino a lo que el hombre decididamente hace de su vida, es decir, de su tiempo, por medio de su actividad. Con respecto a la relación entre ambas —la historia externa y la historia interna— bástenos afirmar que no son realidades separables. Precisamente en la mutua influencia que ejercen y en su confluencia encontramos un reflejo fiel de la personalidad como el *status* axiológico del ser humano, que, sin renunciar a su carácter hipostático, lucha enérgicamente contra todo intento de aislamiento.

Ahora bien, por muy inmerso que esté el hombre en el tiempo, es consciente de que está llamado, ya desde el momento de su creación, a un destino ultratemporal. En la integridad y en lo más íntimo, no se sujeta exclusivamente a la medida del tiempo sino que encuentra en la eternidad su canon último y definitivo. Por eso la muerte se le presenta con la máxima fuerza de la paradoja: es incapaz de hallar en ella sola una justificación. Ciertamente, clausura la vida terrena, pero no encierra en sí el sentido, la culminación o la perfección, antes bien, al parecer, todo lo contrario. Ha de entenderse entonces la muerte como un salto o tránsito —con valor purgativo o expiatorio de una culpa original— hacia un estado en el que se da la vida en toda su exuberancia, sin trabas. Es en esta tendencia a la inmortalidad, junto con el poder arrebatador de la belleza, donde se enraíza el significado más hondo del amor platónico. El hombre alcanza su

plenitud en la medida en que participa de la eternidad, del acto. El tiempo se liga esencial y existencialmente al cambio: como "imagen móvil de la eternidad" (*Timeo* 37 d) en Platón;

○ como "número del movimiento" (*Física IV, II, 219 b 1*) en Aristóteles (para citar las definiciones más conocidas). El tiempo es cierto flujo ordenado e irreversible que acompaña a un cuerpo al recorrer una magnitud continua. Un cuerpo está afectado temporalmente en la medida en que es imposible, para dicho cuerpo en movimiento, estar simultáneamente en todas partes. De ahí que a las partes potenciales del tiempo —al "antes" y al "después"— se les designa "pasado" y "futuro" respectivamente. El presente, en cambio, instantáneo y fronterizo entre el antes y el después, no es parte del tiempo: irrumpe y se escapa del fluir temporal, acercándose a la eternidad, como lo inmutable, lo que siempre es.

A veces se habla del tiempo, del que cada hombre dispone en la tierra como su "espacio vital"; y quizás sea la manera más acertada de reflexionar sobre ello. El espacio parece ser una dimensión más noble que el tiempo, pues sus características son más afines a lo que llamamos eternidad. En primer lugar, siempre se dice que la verdad *se encuentra* (en un sitio o lugar); a la vez que se niega que sea cambiante

○ mudable según el tiempo. Platón hablaba en los diálogos de un lugar celeste de las ideas, es decir, de un lugar de la verdad —topos *ouranos*—. Y la crítica fundamental de Aristóteles consistía únicamente en afirmar que el sitio de las realidades hipotéticas o ideas es el *nous*, el lugar propio de la verdad. El neoplatonismo posterior, y en gran medida toda la tradición filosófica cristiana, recogía esta intuición en el lema *lux in medio* (Plotino): la luz o aquello que en lo físico más se asemeja a la verdad por su claridad, pureza, velocidad y esplendor está en un medio, lugar o espacio.

El espacio representa la anulación del tiempo, pues significa simultaneidad': es un ver todo a la vez. Contemplar algo espacialmente no es recorrerlo con la vista, sino captar la totalidad en un singular acto de visión. Además sólo se puede ver en el presente: lo que ya se vio únicamente se recuerda; y lo que aún queda por ver solamente se imagina. Y no hay que olvidar que son unánimes los filósofos en reconocer en la "presenteidad" una nota de la praxis perfecta.

Por último, no es que haya, por un lado, un tiempo físico y luego, como imagen pálida suya, un tiempo espiritual. Tampoco hay un espacio físico al que se contraponen, simplemente, un espacio espiritual. Lo que sucede es que el tiempo, en cuanto número, exige un soporte material en el carácter mensurable del movimiento; y para su perfección, una dimensión formal. A este segundo aspecto responde la medición llevada a cabo no tanto por la memoria como por el intelecto. Por eso, para la recta comprensión de tal tiempo "perfecto", como propone el Estagirita en su definición, sigue siendo obligada la referencia a un espacio que es, en definitiva, el "alma". "Es imposible que exista el tiempo sin existir el alma" (*Física* IV, 14, 223 a 26).

El hombre necesariamente experimenta esta tensión y se esfuerza por mantener esta precaria unión entre el tiempo y la eternidad en su interior. No hay por qué suscribirse al dramatismo exagerado de los existencialistas, que se acostumbran a hablar en términos de escisión, desgarramiento y ruptura íntimas. La unión no sólo se logra sino también se perfecciona. El hombre es capaz de asumir vitalmente el tiempo y la eternidad, sobreponiéndose y superando cualquier conflicto, mediante la práctica de la virtud. En la virtud se dan simbióticamente la potencia y el acto, el tiempo y la eternidad. La virtud adviene como forma accidental cualitativa, se ejerce y crece — aunque también puede perderse— en

1. Salta a la vista el parecido entre el espacio y la eternidad, al menos en la formulación boeciana, "interminabilis vita toca *simul* et perfecta possessio" (De *Consolatione Philosophiae*, V, prosa 6).

el tiempo. Sin embargo, no es estrictamente temporal. Es decir, no está medida en su ser por el tiempo; antes bien, apunta hacia la eternidad. Santo Tomás, haciéndose eco de los autores clásicos, para reforzar ese aserto acudía al ejemplo del placer o la *delectatio*, que "por sí misma no tiene lugar en el tiempo, porque se cifra en la posesión del bien ya obtenido, que es como término del movimiento" (S.Th., I-II, 31, 2). Acompaña a todo acto virtuoso cronológicamente distendido, (aunque en sí misma, es atemporal).

¿Afecta el tiempo a la virtud? Pensamos que sí, y lo explicaremos doblemente.

En primer lugar, por lo que se refiere a la dimensión externa de la virtud. Hay análisis que indican que la virtud —o lo que la gente entiende por "virtud" (su concepto) o aprecia como virtuoso (su valor)— va cambiando con el tiempo. Por esta razón proliferan los estudios histórico-sociológicos en la ética, que se proponen seguir detalladamente las variaciones semánticas del término "*arete*" (Así, Jaeger en el primer libro de *Paideia* y MacIntyre, tanto en *A short history of ethics* como en *After virtue*, aunque en la segunda obra, con un fin completamente cambiado). En nuestra opinión, no tratan, en realidad, de la virtud en sí misma, sino de la valoración o jerarquización de las distintas virtudes con arreglo a cada sociedad histórica (Aquí se explica nuestra denominación de un estudio fenomenológico, de la faz externa, de la virtud). No obstante, aciertan en colocar la virtud —y el sujeto que la posee— dentro de un contexto socio-cultural, sin sucumbir al relativismo ético, o, por lo menos, a un relativismo ético vulgar. ¡He aquí su principal mérito! En la misma línea puede decirse que hay virtudes asociadas, o propias de, las distintas edades de la vida: el candor juvenil, la fuerza de los adultos o de la gente en plena madurez, la sabiduría de los ancianos... Hay también un tiempo afectado cualitativamente —*kairos* y no

*chronos*²— un instante oportuno para realizar determinada acción para que sea virtuosa. Este cariz lo contempla sobre todo la virtud de la prudencia, la cual, en palabras de Gadamer, "no trata de un saber en general, sino de su concreción, animada por la actualidad del momento" (*11 Problema della Coscienza Storica*, Napoli, Guida Editori, 1969, pág. 72).

En segundo lugar, por lo que respecta a la dimensión interna —o si se quiere, ontológica— de la virtud, sabemos que ésta nace de la costumbre. (Este rasgo se atribuye propiamente a las virtudes morales y poiéticas, y análogicamente, a las dianoéticas, en cuanto que éstas no son conocimiento temático u objetivo alguno, sino habitual). Mediante la repetición de actos surge como cierta refluencia. Los metafísicos explican su origen a modo de generación de una forma accidental. Pero, aun entonces, la generación instantánea de esta determinación sólo pueden producirse en una materia que se va disponiendo sucesivamente. Por lo demás, a los estudiosos siempre les ha interesado recalcar el carácter estable y permanente de la virtud: tanto en el sentido en que se opone a lo pasajero y caduco cuanto es accesorio a la quietud de la contemplación, la cual no es, precisamente, por ausencia de actividad (Cfr. *Etica a Nicómaco*, L. X, c. 4).

Después de todo lo dicho, nuestra fundamental convicción es, más bien, que es la virtud la que afecta al tiempo; y de diversas maneras, según los sentidos que del tiempo hay. Por referencia al pasado, lo puede retener; se puede aprender

2. Encontramos en los comentarios de Eustracio a la *Etica a Nicómaco* de Aristóteles el siguiente texto aclarativo tanto del *chronos* como del *kairos*: "*Chronos* significat universaliter tempus; *kairós*, especialiter... *Kairos* enim est connaturale et congruens unicuique tempus, quemadmodum dicimus nutritionis tempus et sermonis tempus et silentii, quando scilicet oportet nutriri vel silere vel dicere eum qui dicere potest, et in reliquis similiter" (*The Greek Commentaries on the Nichomachean Ethics of Aristotle*. Translated by Robert Grosseteste, VI, I).

de él; lo tiene que aceptar, que es lo mismo que creer en él; pero también por él se puede expiar y así redimirlo, para el momento presente. Respecto al presente —a su espacio vital—lo tiene que amar y así poderlo gozar; es el mundo real que, siempre con actitud respetuosa, ha de dominar y de utilizar, proveyéndolo de sentido, ya que es el sentido lo que vive para la eternidad. Y, por último, mirando al futuro, no le cabe otra posibilidad que la de esperar, confiado, o que le aguarda un bien que es todo lo digno que se puede desear y anhelar, para el cual se tiene que preparar, ahora, en el presente.